

la fe de andar descalzo sobre el agua y Te aclame
y en Tu nombre los hombres vean el asidero
único. Yo te alargó mi mano. Y algo tuyo
brille en toda mi América y en África. Destruyo
mi ociosidad y veo
lo que necesito ofrecer: es tu deseo.
Nos parece imposible la ciencia del amor
y qué fácil ha sido la ciencia del horror.
Haz, Señor, que en justicia y en belleza yo vea:
que mi mano se quemé como una antorcha viva
y arda yo todo entero, todo fuego, todo locura activa.

Lomas de Chapultepec, 1959

NOTICIAS SOBRE NETZAHUALCÓYOTL Y ALGUNOS SENTIMIENTOS

El día que el Rey murió
—año de mil cuatrocientos setenta y dos—
sus amigos viejos recordaron su nacimiento.
Y sus contemporáneos su niñez sangrante
al ver caer al suelo
asesinado a su padre,
desde un árbol de capulín, a orillas de Texcoco.
En los jardines los ojos
vieron las nubes desintegrarse por el viento.
Y por eso el agua de las fuentes se quedó pensativa.
Aquel hombre había hecho tantas cosas,
que las conversaciones brotaban como flores silvestres.
Las horas comenzaron a desvestirse
para llenarse de estrellas.
En la cumbre de Tetzcutzingo,
el Rey mandó tallar en una roca,
el trono de la Noche

y él a sus pies escuchaba dentro de su boca
el rumor de la sabiduría que al hombre la noche propone.
Yo soy un hombre pequeño, nacido como pocos
para disfrutar de las cosas grandes.
El Rey había compartido su desnudez
con muchas mujeres,
y como amaba la belleza,
todos sus hijos hermosos fueron.
El calendario del Rey no tuvo días inútiles.
Era la imagen misma de la vida
que realizaba de día
lo que había visto en sueños.
Coleccionó animales vivos como nadie lo había hecho.
Coleccionó plantas vivas, como nadie lo había hecho.
El jaguar, el águila y la serpiente.
Los pájaros músicos y los de sonoros colores.
Aves del cielo y del agua que también son del cielo.
El venado de alas invisibles.
El armadillo mecánico
—por cierto tan sabroso con jitomate verde—,
y las hojitas de aire de la libélula.
De la libélula al jaguar pasa el tiempo
como de la brisa al trueno.
¿Pudo el colibrí florecer prisionero?
Las flores raras junto a las plantas medicinales,
convivían con hondo sentido.
El cerro de Tetzcutzingo es un pequeño cono ovalado
que el Rey se adjudicó para estas cosas
y otras más importantes.
Allí se coleccionó así mismo
en la mística y en la poesía.
Allí se forjaron las leyes
iguales para todo el mundo.
Un día uno de sus hijos
cometió algo muy grave que no sabemos,
y los jueces, con las leyes de su padre,

le condenaron a muerte,
En Tetzcutzingo hay una roca
cuya mitad da al vacío.
Allí la atmósfera
pesa más que la piedra.
El Rey ordenó trabajarla
en forma de bañera,
y pedía sentarse entre el agua,
y volar con los ojos
llenos de sol, de madurez y de fuerza.
Perseguido político, su atletismo fue entre los bosques
y su entereza observando las estrellas.
Ahora hace quinientos años
que el Dios Desconocido, que él tan luminosamente adivinó,
desapareciéndole,
determinó su recompensa.
Aquella gente
cuya sabiduría llevo no solamente en los ojos,
supo poblarse de imágenes
horizontales y verticales dentro del círculo.
Este Príncipe que hoy recordamos
es la síntesis absoluta del hombre
por el cuerpo y el alma.
La naturacosa residió en él
tal vez más que él en ella.
El agua en sus manos fue acaudalada de bienes,
y la cuestión de la tierra,
una panadería bien entendida.

Ser joven, a pesar de la astronomía,
es jugarse la muerte
sin tener tiempo para más.
Así fue este trabajador nobilísimo
—que, sin quererlo,
suspiraba con tristeza por el más allá.
Y es que había muchas flores en su cuerpo.

El Dios Desconocido, fue sólo para él.
Enorme inlimidad a la intemperie.
La voz entera, a solas.
La voz eléctrica en el páramo
de cualquier soledad a media noche.
El esférico ámbito de la revelación.
El terror saludable de estar vivo
frente a Dios.
El no saber decir lo que se sabe
después de aquello. Tanta sabiduría
puesta al servicio de toda ignorancia.
Una ansiedad de todo para nadie.

Cuando uno va a Tetzcutzingo
y encuentra los pequeños acueductos,
el agua niña de jardín de niños,
recuerda las manos levantadas
en metros cúbicos de piedra con que el Príncipe
salvó de inundaciones la ciudad de Cuauhtémoc.
El agua nos refiere cómo fue derivada
desde el pie duro de Chapultepec
hasta el sitio simbólico del águila.
Las manos principales,
manos hidráulicas,
fueron también las que en esto operaron.

Vamos a tu poesía,
del brazo de una noche totalmente encendida.
Allí se pinta el día
con los colores minerales
con que una flecha espiritual da en el blanco
de lo más bello, un poco triste, ardiendo.
Es un cielo terrestre, florecido
sin el cuidado de ninguna mano.
Eso fue consecuencia de la lluvia
que llega obscura y se deshace en luz.

Salgo de tus poemas
pensando que en las flores está el canto.
Y vuelvo a ti con la flor olvidada
que brota entre pirámides octubre.

La esperanza en el hombre, sí,
aún entre los desórdenes de la inteligencia;
sí, una vez más, lleva tu nombre.

Tepoztlán, Morelos, 14 de octubre de 1972

A JUÁREZ

I

Toda a fuego la Patria te siguió como en onda
de lava, lentamente, como quien va a triunfar.
Un nopal de paciencia por tu vida responda
y detrás de unos robles se escuche siempre el mar.

México entró en el ámbito de tu ambición redonda.
Bajo del cielo indígena tu destino fue andar.
La historia a cada sol vio cómo se desfonda
todo el pantano infame que te quiso atajar.

Unas cuantas palabras para siempre dijeron
los que, como palomas, de tu pecho salieron
a volar en un cielo de blancura viril.

Y esas pocas palabras, como enormes diamantes,
son también la desnuda verdad de los amantes
que ante un estricto cielo se miran de perfil.

II

Sobria de barro indígena la verdad de tu vida
tuvo niñez de espigas y maduró en maíz.